

 Miguel
Delibes Los santos
inocentes

Prólogo de Manuel Vilas



DESTINO

Clásicos

Los santos inocentes

Miguel
Delibes

Prólogo
de Manuel Vilas

Ediciones Destino
Colección Destino Clásicos
Volumen 21

© Herederos de Miguel Delibes, 2010

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© del prólogo: Manuel Vilas, 2019

Primera edición en Ediciones Destino: septiembre de 1981
Primera edición en este formato: octubre de 2019

ISBN: 978-84-233-5630-0
Depósito legal: B. 20.026-2019
Impreso por Black Print
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Unas palabras para una obra maestra	11
Los santos inocentes	21
LIBRO PRIMERO: Azarías	23
LIBRO SEGUNDO: Paco, el Bajo	41
LIBRO TERCERO: La milana	63
LIBRO CUARTO: El secretario	83
LIBRO QUINTO: El accidente	105
LIBRO SEXTO: El crimen	131
Créditos de la imágenes	153

A su hermana, la Régula, le contrariaba la actitud del Azarías, y le regañaba y él, entonces, regresaba a la Jara, donde el señorito, que a su hermana, la Régula, le contrariaba la actitud del Azarías porque ella aspiraba a que los muchachos se ilustrasen, cosa que a su hermano se le antojaba un error, que,

luego no te sirven ni para finos ni para bastos, pontificaba con su tono de voz brumoso, levemente nasal, y, por contra, en la Jara, donde el señorito, nadie se preocupaba de si éste o el otro sabían leer o escribir, de si eran letrados o iletrados, o de si el Azarías vagaba de un lado a otro, los remendados pantalones de pana por las corvas, la bragueta sin botones, ruttando y con los pies descalzos e, incluso, si, repentinamente, marchaba donde su hermana y el señorito preguntaba por él y le respondían,

anda donde su hermana, señorito,

el señorito tan terne, no se alteraba, si es caso levantaba imperceptiblemente un hombro, el izquierdo, pero no indagaba más, ni comentaba la nueva, y, cuando regresaba, tal cual,

el Azarías ya está de vuelta, señorito,

y el señorito esbozaba una media sonrisa y en paz, que al señorito sólo le exasperaba que el Azarías afirmase que tenía un año más que el señorito, porque, en realidad, el Azarías ya era mozo cuando el señorito nació, pero el Azarías ni se recordaba de esto, y si, en ocasiones, afirmaba que tenía un año más que el señorito era porque Dacio, el Porquero, se lo dijo así una Nochevieja que andaba un poco bebido y a él, al Azarías, se le quedó grabado en la sesera, y tantas veces le preguntaban,

¿qué tiempo te tienes tú, Azarías?,
otras tantas respondía,

cabalmente un año más que el señorito,

pero no era por mala voluntad, ni por el gusto de mentir, sino por pura niñez, que el señorito hacía mal en renegarse por eso y llamarle zascandil, ni era justo tampoco, ya que el Azarías, a cambio de andar por el cortijo todo el día de Dios rutando y como masticando la nada, mirándose atentamente las uñas de la mano derecha, lustraba el automóvil del señorito con una bayeta amarilla, y desenroscaba los tapones de las válvulas a los automóviles de los amigos del señorito para que al señorito no le faltaran el día que las cosas vinieran mal dadas y escaseasen y, por si eso no fuera suficiente, el Azarías se cuidaba de los perros, del perdiguero y del setter, y de los tres zorreros, y si, en la alta noche, aullaba en el encinar el mastín del pastor y los perros del cortijo se alborotaban, él, Azarías, los aplacaba con buenas palabras, les rascaba insistentemente entre los ojos hasta que se apaciguaban y a dormir y, con la primera luz, salía al patio estirándose, abría el portón y soltaba a los pavos en

el encinar, tras de las bardas, protegidos por la cerca de tela metálica y, luego, rascaba la gallinaza de los aseladeros y, al concluir, pues a regar los geranios y el sauce y a adecentar el tabuco del búho y a acariciarle entre las orejas y, conforme caía la noche, ya se sabía, Azarías, aculado en el tajuelo, junto a la lumbre, en el desolado zaguán, desplumaba las perdices, o las pitoneras, o las tórtolas, o las gangas, cobradas por el señorito durante la jornada y, con frecuencia, si las piezas abundaban, el Azarías reservaba una para la milana, de forma que el búho, cada vez que le veía aparecer, le envolvía en su redonda mirada amarilla, y castañeteaba con el pico, como si retozara, todo por espontáneo afecto, que a los demás, el señorito incluido, les bufaba como un gato y les sacaba las uñas, mientras que a él le distinguía, pues rara era la noche que no le obsequiaba, a falta de bocado más exquisito, con una picaza, o una ratera, o media docena de gorriones atrapados con liga en la charca, donde las carpas, o vaya usted a saber, pero, en cualquier caso, Azarías le decía al gran duque, cada vez que se arrimaba a él, aterciopelando la voz,

milana bonita, milana bonita,

y le rascaba el entrecejo, y le sonreía con las encías deshuesadas y, si era el caso de amarrarle en lo alto del cancho para que el señorito o la señorita o los amigos del señorito o las amigas de la señorita se entretuviesen, disparando a las águilas o a las cornejas por la tronera, ocultos en el tollo, Azarías le enrollaba en la pata derecha un pedazo de franela roja para que la cadena no le lastimase y, en tanto el señorito o la señorita o los amigos del señorito o las amigas de la señorita per-

manecían dentro del tollo, él aguardaba, acuclillado en la greñura, bajo la copa de la atalaya, vigilándolo, temblando como un tallo verde, y, aunque estaba un poco duro de oído, oía los estampidos secos de las detonaciones y, a cada una, se estremecía y cerraba los ojos y, al abrirlos de nuevo, miraba hacia el búho y, al verlo indemne, erguido y desafiante, haciendo el escudo, sobre la piedra, se sentía orgulloso de él y se decía conmovido para entre sí,

milana bonita,

y experimentaba unos vehementes deseos de rascarle entre las orejas y, así que el señorito o la señorita o las amigas del señorito o los amigos de la señorita se cansaban de matar rateras y cornejas y salían del tollo estirándose y desentumeciéndose como si abandonaran la bocamina, él se aproximaba moviendo las mandíbulas arriba y abajo, como si masticase algo, al gran duque, y el búho, entonces, se implaba de satisfacción, se esponjaba como un pavo real y el Azarías le sonreía,

no estuviste cobarde, milana,

le decía, y le rascaba el entrecejo para premiarle y, al cabo, recogía del suelo, una tras otra, las águilas abatidas, las prendía en la percha, desencadenaba al búho con cuidado, le introducía en la gran jaula de barrotes de madera, que se echaba al hombro, y pin, pianito, se encaminaba hacia el cortijo sin aguardar al señorito, ni a la señorita, ni a los amigos del señorito, ni a las amigas de la señorita que caminaban, lenta, cansinamente, por la vereda, tras él, charlando de sus cosas y riendo sin ton ni son y, así que llegaba a la casa, el Azarías colgaba la percha de la gruesa viga del zaguán y, tan pronto anochecía, acuclillado en los guijos

del patio, a la blanca luz del aladino, desplumaba un ratonero y se llegaba con él a la ventana del tabuco, y, uuuuuh,

hacía, ahuecando la voz, buscando el registro más tenebroso, y, al minuto, el búho se alzaba hasta la reja sin meter bulla, en un revuelo pausado y blando, como de algodón, y hacía a su vez,

uuuuuh,

como un eco del uuuuuh de Azarías, un eco de ultratumba, y, acto seguido, prendía la ratera con sus enormes garras y la devoraba silenciosamente en un santiamén, y el Azarías le miraba comer con su sonrisa babeante y musitaba,

milana bonita, milana bonita,

y, una vez que el gran duque concluía su festín, el Azarías se encaminaba al cobertizo, donde las amigas del señorito y los amigos de la señorita estacionaban sus coches, y, pacientemente, iba desenroscando los tapones de las válvulas de las ruedas, mediante torpes movimientos de dedos y, al terminar, los juntaba con los que guardaba en la caja de zapatos, en la cuadra, se sentaba en el suelo y se ponía a contarlos,

uno, dos, tres, cuatro, cinco...,

y al llegar a once, decía invariablemente,

cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco...,

luego salía al corral, ya oscurecido, y en un rincón se orinaba las manos para que no se le agrietasen y abanicaba un rato el aire para que se orecaran y así un día y otro día, un mes y otro mes, un año y otro año, toda una vida, pero, a pesar de este régimen metódico, algunas amanecidas el Azarías se despertaba flojo

y como desfibrado, como si durante la noche alguien le hubiera sacado el esqueleto, y esos días no rascaba los aseladeros, ni disponía la comida para los perros, ni aseaba el tabuco del búho, sino que salía al campo y se acostaba a la abrigada de los zahurdones o entre la torvisca y, si acaso picaba el sol, pues a la sombra del madroño, y cuando Dacio le preguntaba,

¿qué es lo que te pasa a ti, Azarías?

él,

ando con la perezosa, que yo digo, y, de esta forma, dejaba pasar las horas muertas, y si el señorito se tropezaba con él y le preguntaba,

¿qué te ocurre, hombre de Dios?,

Azarías la misma,

ando con la perezosa, que yo digo, señorito, sin inmutarse, encamado en la torvisca o al amparo del madroño, inmóvil, replegado sobre sí mismo, los muslos en el vientre, los codos en el pecho, mascando salivilla o rutando suavemente, como un cachorro ávido de mamar, mirando fijamente la línea azul-verdosa de la sierra recortada contra el cielo, y los chozos redondos de los pastores, y el Cerro de las Corzas (del otro lado del cual estaba Portugal), y los canchales agazapados como tortugas gigantes, y el vuelo chillón y estirado de las grullas camino del pantano, y las merinas merodeando con sus crías y, si acaso se presentaba Dámaso, el Pastor, y le decía,

¿ocurre algo, Azarías?,

él,

ando con la perezosa, que yo digo, y de este modo transcurría el tiempo hasta que sobrevenía el apretón y daba de vientre orilla del madroño o

en la oscura grieta de algún canchal y, según se desahogaba, iban volviéndole paulatinamente las energías y, una vez recuperado, su primera reacción era llegarse donde el búho y decirle dulcemente a través de la reja,
milana bonita,
y el búho venga de esponjarse y castañetear con el corvo pico, hasta que Azarías le obsequiaba con un aguilucho o un picazo desplumados y, mientras lo devoraba, el Azarías, a fin de ganar tiempo, se acercaba a la cuadra, se sentaba en el suelo y se ponía a contar los tapones de las válvulas de la caja,
uno, dos, tres, cuatro, cinco...,
hasta llegar a once, y entonces decía,
cuarenta y tres, cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco,
y, al concluir, cubría la caja con la tapa, se quedaba un largo rato observando las chatas uñas de su mano derecha, moviendo arriba y abajo las mandíbulas y mascullando palabras ininteligibles y, de repente, resolvía,
me voy donde mi hermana,
y, en el porche, se encaraba con el señorito, emperzeado en la tumbona, adormilado,
me voy donde mi hermana, señorito,
y el señorito levantaba imperceptiblemente el hombro izquierdo y,
vete con Dios, Azarías,
y él marchaba al otro cortijo, donde su hermana, y ella, la Régula, nada más abrirle el portón,
¿qué se te ha perdido aquí, si puede saberse?,
y Azarías,
¿y los muchachos?,

y ella,

ae, en la escuela están, ¿dónde quieres que anden?,

y él, el Azarías, mostraba un momento la punta de la lengua, gruesa y rosada, volvía a esconderla, la paladeaba un rato y decía al fin,

el mal es para ti, luego no te van a servir ni para finos ni para bastos,

y la Régula,

ae, ¿te pedí yo opinión?,

pero, tan pronto caía el sol, el Azarías se azorraba mirando las brasas, masticando la nada y, al cabo de un rato, erguía la cabeza y, súbitamente, decía,

mañana me vuelvo donde el señorito,

y antes de amanecer, así que surgía una raya anaranjada en el firmamento delimitando el contorno de la sierra, el Azarías ya andaba en la trocha y, cuatro horas más tarde, sudoroso y hambriento, en cuanto oía a la Lupe recorrer el gran cerrojo del portón, ya empezaba, milana bonita, milana bonita,

una y otra vez, sin dejarlo, y a la Lupe, la Porquera, ni los buenos días, y el señorito tal vez andaba en la cama, descansando, pero así que aparecía a mediodía en el zaguán, la Lupe le daba el parte,

el Azarías nos entró de mañana, señorito,

y el señorito amusgaba los ojos somnolientos,

de acuerdo,

decía, y alzaba el hombro izquierdo, como resignado, o sorprendido, aunque ya se sentía al Azarías rascando los aseladeros o baldeando el tabuco del gran duque y arrastrando la herrada por el patio de guijos, y, de este modo, iban transcurriendo las semanas hasta que un

buen día, al apuntar la primavera, el Azarías se transformaba, le subía a los labios como una sonrisa tarda, inefable, y, al ponerse el sol, en lugar de contar los tapones de las válvulas, agarraba al búho y salía con él al encinar y el enorme pájaro, inmóvil, erguido sobre su antebrazo, oteaba los alrededores y, conforme oscurecía, levantaba un vuelo blando y silencioso y volvía, al poco rato, con una rata entre las uñas o un pinzón y allí mismo, junto al Azarías, devoraba su presa, mientras él le rascaba entre las orejas, y escuchaba los latidos de la sierra, el ladrido áspero y triste de la zorra en celo o el bramido de los venados del Coto de Santa Ángela, apareándose también, y, de cuando en cuando, le decía,

la zorra anda alta, milana, ¿oyes?,

y el búho le enfocaba sus redondas pupilas amarillas que fosforecían en las tinieblas, enderezaba lentamente las orejas y tornaba a comer y, ahora ya no, pero en tiempos se oía también el fúnebre ulular de los lobos en el piornal las noches de primavera, pero desde que llegaron los hombres de la luz e instalaron los postes del tendido eléctrico a lo largo de la ladera, no se volvieron a oír, y, a cambio, se sentía gritar al cárabo, a pausas periódicas, y el gran duque, en tales casos, erguía la enorme cabezota y empinaba las orejas y el Azarías venga de reír sordamente, sin ruido, sólo con las encías, y musitaba con voz empañada,

¿estás cobarde, milana?, mañana salgo a correr el cárabo,

y, dicho y hecho, al día siguiente, con el crepúsculo, salía solo sierra adelante, abriéndose paso entre la jara florecida y los tamujos y la montera, porque el cárabo ejercía sobre el Azarías la extraña fascinación del

abismo, una suerte de atracción enervada por el pánico, de tal manera que, al detenerse en plena moheda, oía claramente los rudos golpes de su corazón y, entonces, esperaba un rato para tomar aliento y serenar su espíritu y, al cabo, voceaba,

¡eh!, ¡eh!,

citándole, citando al cárabo, y, seguidamente, aguzaba el oído aguardando respuesta, mientras la luna asomaba tras un celaje e inundaba el paisaje de una irreal fosforescencia poblada de sombras, y él, un tanto amilanado, hacía bocina con sus manos y repetía desafiante,

¡eh!, ¡eh!,

hasta que, súbitamente, veinte metros más abajo, desde una encina corpulenta, le llegaba el anhelado y espeluznante aullido,

¡buhú, buhú!,

y, al oírlo, el Azarías perdía la noción del tiempo, la conciencia de sí mismo, y rompía a correr enloquecido, arruando, hollando los piornos, arañándose el rostro con las ramas más bajas de los madroños y los alcornoques y, tras él, implacable, saltando blandamente de árbol en árbol, el cárabo, aullando y cargaándose y, cada vez que reía, al Azarías se le dilataban las pupilas y se le erizaba la piel y recordaba a la milana en la cuadra, y apremiaba aún más el paso y el cárabo a sus espaldas tornaba a aullar y a reír y el Azarías corría y corría, tropezaba, caía y se levantaba, sin volver jamás la cabeza y, al llegar, jadeante, a la dehesa, la Lupe, la Porquera, se santiguaba,

¿de dónde te vienes, di?,

y el Azarías sonreía tenuemente, como un chiquillo cogido en falta, y,

de correr el cárabo, que yo digo,
decía, y ella comentaba,
¡Jesús qué juegos!, te has puesto la cara como un
Santo Cristo,
pero él ya andaba en la cuadra, restañándose la sangre
de los rasguños con la bayeta, quieto, escuchando los
dolorosos golpes de su corazón, la boca entreabierta,
sonriendo al vacío, babeando, y, al cabo de un rato,
ya más sereno, se llegaba al tabuco de la milana, aga-
chado, sin meter ruido, y, súbitamente, se asomaba al
ventano y hacía,
¡uuuuuh!,
y el búho revolaba hasta la peana y le miraba a los
ojos, ladeando la cabeza, y entonces el Azarías le de-
cía muy ufano,
anduve corriendo el cárabo,
y el animal enderezaba las orejas y tableteaba con el
pico, como si lo celebrara, y él,
buena carrera le di,
y empezaba a reír por lo bajo, siseando, sintiéndose
protegido por las bardas del cortijo, y así una vez tras
otra, una primavera tras otra, hasta que una noche,
vencido mayo, se arrimó a los barrotes del tabuco y
dijo como de costumbre,
¡uuuuuh!,
pero el gran duque no acudió a la llamada, y, enton-
ces, el Azarías se sorprendió e hizo de nuevo,
¡uuuuuh!,
pero el gran duque no acudió a la llamada, y el Azarías,
¡uuuuuh!,
terco, por tercera vez, pero, dentro del tabuco, ni un
ruido, con lo que el Azarías empujó la puerta, pren-

dió el aladino y se encontró al búho engurruido en un rincón y, al mostrarle la picaza desplumada, el búho ni ademán y, entonces, el Azarías dejó la pega en el suelo y se sentó junto a él, lo tomó delicadamente por las alas y lo arrimó a su calor, rascándole insistentemente en el entrecejo y diciéndole con ternura,

milana bonita,

mas el pájaro no reaccionaba a los habituales estímulos, con lo cual el Azarías lo depositó sobre la paja, salió y preguntó por el señorito,

la milana está enferma, señorito, te tiene calentura,

le informó, y el señorito,

¿qué le vamos a hacer, Azarías! Está vieja ya, habrá que buscar un pollo nuevo,

y el Azarías, desolado,

pero es la milana, señorito,

y el señorito, los ojos adormilados,

¿y dime tú, qué lo mismo da un pájaro que otro?,

y el Azarías, implorante,

¿autoriza el señorito que dé razón al Mago del Al-mendral?,

y el señorito adelantó indolentemente su hombro izquierdo,

¿al Mago?, muy gastoso te sales tú, Azarías, si por un pájaro tuviéramos que llamar al Mago, ¿adónde iríamos a parar?,

y, tras su reproche, una carcajada, como el cárabo, que al Azarías se le puso la carne de gallina y,

señorito, no se ría así, por sus muertos se lo pido,

y el señorito,

¿es que tampoco me puedo reír en mi casa?,
y otra carcajada, como el cáрабо, cada vez más re-
cias, y, a sus risas estentóreas, acudieron la señorita, la
Lupe, Dacio, el Porquero, Dámaso y las muchachas
de los pastores, y todos en el zaguán reían a coro, como
cárabos, y la Lupe,

pues no está llorando el zascandil de él por ese pá-
jaro apestoso,
y el Azarías,

la milana te tiene calentura y el señorito no autori-
za a que dé razón al Mago del Almendral,
y, venga, otra carcajada, y otra, hasta que, finalmente,
el Azarías, desconcertado, echó a correr, salió al patio
y se orinó las manos y, después, entró en la cuadra,
se sentó en el suelo y se puso a contar en voz alta los
tapones de las válvulas tratando de serenarse,

una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nue-
ve, diez, once, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro,
cuarenta y cinco,
hasta que se sintió más relajado, se puso un saco por
cabezal y durmió una siesta y, así que amaneció Dios,
se arrimó quedamente a la reja del tabuco e hizo,

¡juuuuh!,
pero nadie respondió, y, entonces, el Azarías empujó
la puerta y divisó al búho en el rincón donde lo deja-
ra la víspera, pero caído y rígido, y el Azarías se llegó
a él con pasitos cortos, lo cogió por el extremo de un
ala, se abrió la chaqueta, la cruzó sobre el pájaro y
dijo con voz quebrada,

milana bonita,
pero el gran duque ni abría los ojos, ni castañeteaba
con el pico, ni nada, ante lo cual el Azarías atravesó el

patio, se llegó al portón y descorrió el cerrojo, y a sus chirridos salió la Lupe, la de Dacio,

¿qué es lo que te se ha puesto ahora en la cabeza, Azarías?

y el Azarías,

me marchó donde mi hermana, y, sin más, salió y, a paso rápido, sin sentir los guijos ni las gatuñas en las plantas de los pies, franqueó el encinar, el piornal y la vaguada, oprimiendo dulcemente el cadáver del pájaro contra su pecho y, así que le puso la vista encima, la Régula,

¿otra vez por aquí?,

y el Azarías,

¿y los muchachos?,

y ella,

en la escuela están,

y el Azarías,

¿es que no hay nadie en la casa?,

y ella,

ae, la Niña Chica está,

y en ese momento, la Régula reparó en el bulto que arropaba el Azarías contra el pecho, le abrió las puntas de la chaqueta y el cadáver del pajarraco cayó sobre los baldosines rojos y ella, la Régula, dio un grito histérico y,

ya estás sacando de casa esa carroña, ¿me oyes?,

dijo, y el Azarías, sumisamente, recogió el pájaro y lo dejó fuera, en el poyo, volvió a entrar en la casa y salió con la Niña Chica, acunándola en el brazo derecho, y la Niña Chica volvía sus ojos extraviados sin fijarlos en nada, y él, el Azarías, cogió a la milana por una pata y una azuela con la mano izquierda, y la Régula,

¿dónde vas con esas trazas?,
y el Azarías,
a hacer el entierro, que yo digo,
y, en el trayecto, la Niña Chica emitió uno de aquellos interminables berridos lastimeros que helaban la sangre de cualquiera, pero el Azarías no se inmutó, alcanzó el rodapié de la ladera, depositó a la criatura a la fresca, entre unas jaras, se quitó la chaqueta y en un periquete cavó una hoya profunda en la base de un alcornoque, depositó en ella al pájaro y, acto seguido, empujando la tierra con la azuela, cegó el agujero y se quedó mirando para el túmulo, los pies descalzos, el remendado pantalón en las corvas, la boca entrea-bierta, y, al cabo de un rato, sus pupilas se volvieron hacia la Niña Chica, cuya cabeza se ladeaba, como desarticulada, y sus ojos desleídos se entrecruzaban y miraban al vacío sin fijarse en nada, y el Azarías se agachó, la tomó en sus brazos, se sentó al borde del talud, junto a la tierra removida, la oprimió contra sí y musitó,

milana bonita,
y empezó a rascarla insistentemente con el índice de la mano derecha los pelos del colodrillo, mientras la Niña Chica, indiferente, se dejaba hacer.